

El último apartado, el 3.9, analiza la Iglesia. Los autores estudian la importancia del mantenimiento de la unidad católica, la variación de los límites diocesanos, la castellani-zación de la Iglesia y la fundación de conventos y reformas monásticas, incluyendo textos tan sugerentes como el de las rentas y beneficios eclesiásticos o la reforma de los cister-cienses o franciscanos conventuales.

En definitiva, en una obra tan amplia, lo máximo que puede hacerse es una pre-sentación general del volumen. El lector puede hacerse una idea cabal del enorme esfuerzo de recopilación y selección de datos, muy bien organizados y explicados, que equivalen a una extraordinaria "clase práctica" sobre Historia del Derecho y de las Instituciones del Reino de Navarra.

Rafael Ramis Barceló



PALIZA MONDUATE, Maite
El escultor Adolfo de Aréizaga (1848-1918)

Bilbao: BBK, 2011
164 p. : il. ; 21 cm
ISBN: 978-84-8056-309-3

No abundan las publicaciones sobre los escultores que ejercieron su labor en el siglo XIX, siendo en el caso del País Vasco ciertamente escasas, a diferencia de lo que ocurre con otras disciplinas artísticas, caso de la arquitectura o la pintura, o incluso con las relativas a la escultura de la primera mitad del siglo XX. No obstante, a lo largo de los últimos años han visto la luz varios títulos que han paliado aquella carencia. Así en fecha reciente ha aparecido un libro monográfico sobre Marcial Aguirre (1840-1900), editado en 2010 por el Ayuntamiento de Bergara, localidad natal de este creador, el más notable de los escultores vascos activos en la segunda mitad de la centuria decimonónica. Por otro lado, anteriormente la autora de la presente monografía hizo aportaciones de interés sobre figuras como Bernabé de Garamendi (1833-1898), en la misma colección, o Marcos Ordozgoiti (1824-1875), en una operación de rescate historiográfico verdaderamente encomiable.

Hasta la aparición de este volumen apenas teníamos noticias de la vida y la producción de Adolfo de Aréizaga (1848-1918), más allá de lo publicado por Manuel Ossorio y Bernard en 1883 en su *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, donde enumeró algunas de las obras del artista, al tiempo que apuntó los nombres de sus maestros en Madrid y en Roma. También se conocía su participación en la ejecución del *Mausoleo de Uribarren y Aguirrebengoa* (1883) en la iglesia de San José de la Compañía de Jesús en Lekeitio, sin duda alguna el ejemplo más relevante de la escultura funeraria del País Vasco del siglo XIX, así como su autoría de la escalera de honor del Banco de España en Madrid, pues así quedó recogido en varias monografías sobre este importante edificio, obra magna de la arquitectura bancaria, publicadas en los últimos años.

Estamos pues ante un trabajo de recuperación, que es una de las facetas más gratificantes que puede afrontar un historiador del arte. Aunque la producción del artista no sea demasiado amplia, la presente es una obra muy documentada, que incluye numerosas noticias inéditas y saca a la luz piezas hasta ahora desconocidas, pertenecientes a colecciones privadas. Todo ello es fruto de una prolongada investigación en distintos archivos oficiales y particulares, el correspondiente trabajo de campo y un exhaustivo análisis de las propias esculturas, que la autora exprime con maestría. Quedan además bien contextualizadas dentro del panorama artístico de la época y de las distintas corrientes en vigor en esta disciplina, marcada por entonces por un acusado eclecticismo, en el que se rastrean ecos de la tradición clásica y académica, el barroco, el romanticismo, etc.

El libro está articulado en nueve capítulos: los dos primeros introductorio y biográfico, más un apartado con digresiones sobre las improntas estilísticas presentes en su obra y su doble condición de escultor y contratista; estudia luego las cinco distintas tipologías en las que desplegó su labor y finalmente aborda sus trabajos más relevantes como constructor. Consigue así ofrecer una idea cabal de la trayectoria del personaje y de su producción.

La biografía desvela noticias de interés y repasa la peripecia vital del personaje desde su nacimiento en el bilbaíno barrio de Atxuri en 1848 hasta su fallecimiento en 1918 en Málaga, donde trataba de recuperarse de una afección bronquial, y su ulterior entierro en el Cementerio de Begoña. Deja constancia de su relación de parentesco con personalidades destacadas de la cultura vizcaína del momento, pues era sobrino de Francisco de Orueta (1820-1876), arquitecto municipal de Bilbao, que puso en marcha las primeras medidas para materializar el Plan de Ensanche de la Villa del Nervión, aprobado en 1876, poco antes de su fallecimiento. También era primo carnal de José de Orueta (1865-1944), autor del conocido libro *Memorias de un bilbaíno* (1928), que en sí mismo ofrece una visión bastante completa del panorama cultural del Bilbao de las últimas décadas del XIX, así como de la vida cotidiana de la burguesía emergente en la etapa finisecular. En otro orden de cosas, era primo político del arquitecto Pedro Guimón, artífice de notables edificios modernistas y figura destacada de la arquitectura regionalista vasca.

Igualmente saca a la luz su amistad con otros escultores, caso de los mentados Marcial Aguirre, Bernabé de Garamendi y Marcos Ordozgoiti, aparte de Serafín de Basterra (1850-1927), Vicente Larrea (1852-1922), Pío José de Olave -figura hasta ahora totalmente desconocida- y varios miembros de la saga de los Lucarini, cuyo asentamiento en el País Vasco parece que vino de la mano del propio Aréizaga, dato igualmente inédito. Los frecuentes viajes de Aréizaga a Roma propiciaron su relación con numerosos pintores del momento, algunos vascos como Anselmo de Guinea (1854-1906), José de Echenagusía (1844-1911) y José Salís (1863-1926), pero también con figuras de la relevancia de Federico de Madrazo (1815-1894), José Villegas (1848-1921) o Joaquín Sorolla (1863-1923). Finalmente el volumen pone de manifiesto su vinculación con el arquitecto Ricardo de Bastida y el maestro de obras Nicomedes de Eguiluz, quienes, junto con el aludido Guimón, fueron los artífices de los proyectos de los edificios promovidos por Aréizaga en Bilbao y en Ondarroa.

Queda claro el carácter emprendedor de Aréizaga, quien a principios de los años ochenta dio un giro a sus actividades profesionales, abriéndose camino en el negocio de la construcción, regentando aserraderos de mármol, explotando canteras del mismo material y estando al frente de almacenes, donde vendía objetos muy diversos. La naturaleza de los últimos delata, que, aparte de lo estrictamente escultórico, también afrontó obras ajenas al terreno artístico, muchas veces seriadas, del tipo de mesas de mármol y pequeños muebles o jarrones, fuentes y otras piezas para decorar jardines, lápidas para nichos y tumbas, etc., dentro del quehacer propio de un marmolista, algo en lo que coincidió con otros creadores del momento de un nivel similar al suyo, es decir lejos de los grandes maestros de la escultura. Su éxito en los negocios determinó que paulatinamente relegara la faceta artística a un segundo lugar hasta quedar prácticamente desdibujada al final de su vida, aunque obras tardías, como *Maternidad* o *La Joven*, encuadrables dentro de la llamada escul-

tura de género, que el libro da a conocer en primicia, reflejan cierto gusto por las superficies inacabadas y las formas más esquemáticas de inequívoca modernidad. En sí mismos estos detalles evidencian que Aréizaga siguió al tanto de los derroteros y la evolución del arte escultórico, traspasado el umbral de 1900.

La importancia de algunos de los edificios en cuya construcción participó, caso de la primera fase del Castillo de Butrón (1878-1885), también estudiado por la autora en otra monografía, reflejan la capacidad de sus empresas desde un principio, aunque el libro aporta noticias que prueban que tuvo algún apuro económico durante su ejecución. Dentro de su faceta como contratista, resulta especialmente elocuente el hecho de que materializara la escalera de honor del Banco de España en Madrid, uno de los edificios más relevantes erigidos en la capital en la segunda mitad del siglo, según proyecto del arquitecto Eduardo Adaro, con el que colaboraron otros técnicos. Si bien la noticia de la relación de Aréizaga con esta obra, inaugurada en 1891, ya era conocida, la presente monografía incluye numerosos datos relativos a la subasta, que tuvo lugar en el verano de 1888, las empresas y los escultores que pujaron en la misma y los entresijos de la construcción de esta espectacular escalera. En sí misma la puja de Aréizaga para hacerse con este trabajo revela una gran valentía y un carácter emprendedor, resultando a la postre victorioso en la subasta, gracias a la ventajosa oferta que presentó.

En cuanto a las tipologías en las que se prodigó, como cabía pensar, dados los parámetros vigentes en la época, la funeraria y el retrato tuvieron cabida en su producción. Por lo que atañe a la primera cabe resaltar, aparte del mencionado *Mausoleo de Uribarren y Aguirrebengoa* en Lekeitio, los panteones que proyectó en el desaparecido Cementerio de Mallona en Bilbao, pues si bien esta interesante necrópolis neoclásica era bien conocida desde el punto de vista de la arquitectura del propio camposanto, gracias, entre otros, a los trabajos del Dr. Barrio Loza, apenas se contaba con referencias sobre los panteones que la poblaban.

Muy interesantes son los retratos de *Tomás de Epalza* (1876) y *Casilda de Iturrizar* (1875), encargados por la Santa Casa de Misericordia de Bilbao, como homenaje a este matrimonio de benefactores. Ambos dejan constancia de la capacidad de Aréizaga para este género, así como de varias de las improntas estilísticas presentes en su producción. Por lo demás, el libro ofrece un exhaustivo análisis de estas esculturas y aporta noticias sobre la forma en que se fraguó el encargo o los honorarios cobrados por el artista.

También fue el artífice del monumento conmemorativo de la *Matrona* (1878) en Calahorra (La Rioja). Obra menor, que no obstante tiene el mérito de su temprana cronología, al tiempo que prueba que el prestigio de Aréizaga como escultor traspasó los límites estrictos del País Vasco. Se analiza la obra desde el punto de vista artístico y su singular iconografía, así como su trayectoria errática, en sintonía con lo usual en este tipo de esculturas, que con frecuencia cambiaron de emplazamiento con el paso del tiempo. El libro corrige un error que se ha arrastrado en la bibliografía riojana, especialmente numerosa por otra parte, que se ha fijado en este ejemplo, pues no en vano es el monumento conmemorativo más antiguo de esa comunidad autónoma, donde sistemáticamente el artífice ha sido identificado por distintos investigadores como Arizaga, algo que cabe esperar se corrija a partir de ahora.

Mayor interés tiene el ciclo de las cuatro estaciones (1878), encargadas por Casilda de Iturrizar para su residencia de Portugalete, pues fueron encaradas por Aréizaga a través de aldeanos vascos, dos hombres y dos mujeres, con indumentarias propias de su condición, minuciosamente trabajadas. En la actualidad decoran una pequeña rotonda del Parque de la Canilla de aquella villa vizcaína, siendo destacable su fecha temprana dentro del género costumbrista. Este ciclo delata que parte de la obra de Aréizaga, independientemente del eclecticismo estilístico, también estuvo impregnada por otro de tipo temático. De todos modos, ésta no fue la única serie de las estaciones que cinceló el artista, pues existe otra, concebida en clave alegórica, a través de los bustos de cuatro niños con atributos propios de los distintos períodos del año.

Frente a todo esto, resulta llamativa la ausencia de obras religiosas, dado el peso de este género en la escultura de la época, aunque el tradicional protagonismo de la madera en este género, material en el que Aréizaga no se prodigó, pudo determinar que no llevara a cabo obras de este tipo.

Efectivamente, el volumen deja clara la predilección del artista por el mármol y el virtuosismo que alcanzó con este material, con el que llevó a cabo prácticamente la totalidad de su producción, así como su especial debilidad por el de Carrara, cuestión que le obligó a realizar frecuentes viajes a esta localidad italiana. Igualmente hace hincapié en el deterioro que la erosión, provocada por el paso del tiempo, así como ataques vandálicos han causado en varias obras que han permanecido al aire libre. Así ocurre con la *Matrona* de Calahorra o las esculturas costumbristas emplazadas actualmente en el Parque de la Canilla de Portugalete. En este sentido, resulta esclarecedora, como con buen criterio insiste la autora del libro, la comparación entre las últimas, que llevan más de ciento treinta años a la intemperie, y las réplicas a pequeña escala de dos de las figuras conservadas en el Museo Vasco de Bilbao. Éstas, que también aparecen reproducidas en la monografía, permiten calibrar la minuciosidad y pericia desplegada por el artista a la hora de plasmar las indumentarias, cosa que el tiempo ha borrado en las anteriores.

En suma, el texto y las imágenes del volumen ayudan a comprender no sólo la trayectoria de Aréizaga sino también la compleja situación de la escultura del momento, impregnada por el eclecticismo, cuajando resultados muy diferentes en función de la prevalencia de una u otra impronta.

Independientemente de la contribución al conocimiento de un escultor prácticamente desconocido hasta ahora, la autora da a conocer otras obras interesantes ajenas al campo de la escultura. Así ocurre con una paleta pintada en 1886, en cuya ejecución participaron un total de quince pintores, entre ellos los citados Madrazo y Sorolla. A juzgar de lo poco que se conoce sobre este género que alcanzó cierta relevancia a finales del siglo XIX y principios del XX, parece un ejemplar notable, toda vez que la mayor parte de estas piezas fueron pintadas por un solo artista que de ordinario tendió a plasmar un único asunto. Por el contrario la que nos ocupa, un regalo con el que fue obsequiado Aréizaga durante uno de sus viajes a Roma, incluye dieciséis escenas y, en buena medida, es casi un muestrario en miniatura de los temas en boga entre los pintores de la llamada Escuela Española en Roma, integrada por los artistas que pasaron por la capital italiana con objeto de perfeccionar su formación artística. Por lo demás acrecienta su mérito la circunstancia igualmente inusual de que todos los pintores participantes rubricaron sus contribuciones.

Publicado como número doble dentro de la veterana colección "Temas Vizcaínos" de la BBK, el libro presenta una cuidada edición y está ilustrado con cincuenta imágenes en blanco y negro y color, que en gran medida corresponden a dibujos, fotografías antiguas y de estado actual de las distintas obras y favorecen la correcta comprensión del texto. Gracias a este trabajo se amplía la nómina de los escultores vascos de los siglos XIX y XX que cuentan con monografías específicas, pues el estudio se une a libros como los citados sobre Marcial Aguirre y Bernabé de Garamendi, o los de autores posteriores como Nemesio Mogrobejo, Joaquín Lucarini, Quintín de Torre o Moisés de Huerta.

Moisés Bazán de Huerta